

los éxitos obtenidos
con su *Mitin Semanal*.



Se vá a editar un *Tratado de incompatibilidades*, que aconsejamos lo adquirieran todos nuestros Concejales, los unos para que estudien si deben eliminarse antes que los elimine el Tratado, dicho antes: los otros para ponerse en condiciones legales y no hacer afirmaciones al parecer aplastantes, y examinadas resultan unos castillos de naipes.

Antes de *despotricar*....
¿por qué no documentarse?



¡¡Cómo, querido *Arlequin*, sorprenden tu buena fé!!

En la *corrida* que dices se ha celebrado en Daimiel (como en éste mismo número habrás visto o puedes ver) sacaron los lidiadores inmaculada la piel no hubo *hule*, caro amigo, el *hule*.... vino después.

No tendrá tu revistero talento, pero *tupé*.... yo en tu lugar ahora mismo le recogería el *carpet* por no ser de la *corrida* narrador completo y fiel, y por caer en su *ridi* arrastrado tú también.

¡¡Cómo, querido *Arlequin*, sorprenden tu buena fé!!

El Contable

DEL AMBIENTE

Era una noche cruda de invierno, esa noche de universal alegría que congrega a las familias en santa intimidad para celebrar el nacimiento del Niño-Dios, en la que se evoca el recuerdo de los que fueron y de los ausentes, tendiendo a grabar en los corazones que aún no han despertado por completo a la vida, la idea de no olvidar a los seres que la embellecen y que fueron todo cariño, abnegación y desinterés sublime.

Iba a la Misa del Gallo; mi corazón de creyente quería compartir el júbilo del Cielo y poco antes de llegar al átrio de la vieja Iglesia me encontré contigo;

nos saludamos con el cariño de siempre, permitiéndome la libertad de una galantería que tu sonrisa disculpó y agradeció; estabas en extremo bonita; la intensa frialdad de la noche, combatida por tu cuellecito de piel, había trocado la elegante palidez de tu cara en encendida rosa y me pareciste la pastorcita gentil que iba a adorar al recién Nacido....

Ascendimos por los vetustos escalones, cruzamos el átrio y penetramos en el Templo. Todo en él era alegría; en esa época, ante el magno acontecimiento, hay siempre algo de tolerancia; las notas del órgano llenaban el espacio y al pasar escuchamos el primer villancico que he retenido desde entonces ¿te acuerdas? decía así:

«Las pajas del pesebre
Niño de Belén,
Hoy son flores y rosas,
Mañana serán hiel....»

Al contemplarte llena de suprema devoción sentí un bienestar inmenso; con ensimismamiento grande mirabas el Belén de artificio y adquiría tu rostro una expresión de bondad al admirar aquél Niño sonriente que prefirió el establo a la señorial mansión, la humildad a la vanidad, el silencio a la pomposa algarabía y que en su carita inocente y roja traía la paz, la redención de todos. Había en tí una alegría real, tu mirada me permitía adivinar tu pensamiento, gustadora de la dicha del hogar, encontrabas muy natural que todos compartieran con la más excelsa de las Madres la alegría de contemplar al Hijo querido, que en lo humano es la santificación del cariño; tu condición de mujer—que puede tener el privilegiado don de ser madre—te hacía considerar cuán envidiables deben ser esas horas vividas junto a un ángel rubio, meciendo su cunita, velando su sueño y cubriendo su cara de besos tiernos, sentidos y amantes y cuánto entusiasmo debe producir ver que al calor de esos besos abre sus ojitos, en cuya expresión está todo su lenguaje, para agradecer esas caricias. ¡Qué consideraciones no harías! Muchas debieron ser, cuando permanecías en abstracción de todo sin darte cuenta que la ceremonia había terminado....

Salimos: el frío era más intenso aún; a la puerta de la Iglesia y a uno y otro lado había acurrucados unos cuantos pobres, ancianos y mujeres, algunas de ellas con un niño en sus brazos, dormidito y tapado con raído mantón, que sin ser suficiente para abrigar un cuerpo, tenía que preservar dos de las inclemencias del tiempo: conociendo la bondad de tu corazón y tu sensibilidad exquisita, quise evitarte tan desagradable cuadro; pero no me dió tiempo, hubo en tí una transición grande, tu rostro adquirió una expresión de dolor y ofreciste cuanto en tu bolso llevabas a los desheredados de la fortuna; imité tu loable ejemplo y marchamos camino de tu casa. No quise interrumpir tu silencio porque sabía lo que por tí pasaba en aquél instante, y por fin acostumbrada a hacerme tu confidente, recuerdo que me hablaste de caridad, de amor al prógimo, de hermandad; no acertabas a comprender cómo en días de general alegría, había quien su-